

Introducción a *La política de la prudencia*

Mark C. Henrie

Es un lugar común afirmar que el rasgo que mejor define la novela, esa característica forma literaria de la modernidad, es su interés en desvelar la vida interior de los hombres ordinarios. De ahí que la novela, desde los orígenes de su historia, haya recurrido con tanta frecuencia a diarios y cartas (como sucede, por ejemplo, en la *Clarissa* de Richardson o el *Robinson Crusoe* de Defoe), hasta finalmente desembocar en el estilo del flujo de conciencia de Joyce. El foco de atención puesto así en la interioridad contrasta con el interés de los clásicos en la épica y las acciones externas de hombres *extraordinarios*.

La moderna psique ansía identificarse con algún *protagonista*, y vergonzantemente evita cualquier juicio implícito acerca de los aspectos prosaicos que adornan la vida ejemplar del *héroe*. El yo de los modernos quiere que sus lenitivas gesticulaciones sentimentales sean consideradas como algo natural, incluso que sean dignas de aplauso, al tiempo que aspira a ver tachadas de falsas e hipócritas las virtudes burguesas. Cuando está en vena crítica, el moderno yo se dedica a hurgar en los actos públicos de figuras convencionalmente heroicas para extraer al hombre «real», al personaje privado y básicamente humano. Ello le procura razones para contentarse con su propia mediocridad y su derrota moral: nada más deleitoso para nuestros modernos que esas biografías incapaces de omitir detalle alguno.

Con *The Sword of Imagination* [La espada de la imaginación] (1995), su autobiografía y último libro, Russell Kirk (1918-1994) puso el

broche a toda una vida dedicada a depurar las indóciles pasiones e intereses de los modernos. El lector que se asome a este libro en busca de alardes confesionales y melancólicas introspecciones se sentirá súbitamente desconcertado ante el recuento que el decano del movimiento intelectual conservador de Estados Unidos hace en estas páginas de una vida repleta de incidentes, de cariz tanto público como privado; una vida, como él mismo la califica, de «conflictos literarios». En ese recuento, no obstante, también se advierte que la civilizada y ecuánime figura de Kirk aparece a lo lejos, fuera de nuestro alcance. Circunspecta en las formas y decorosa en su feliz entorno familiar, se apagó con serena gratitud por las bondades recibidas, que de buen grado aceptó aunque las sintiera inmerecidas. Tan difícil encaje presentan las Memorias de Kirk con nuestra moderna concepción del género, que las recibimos con perplejidad. ¿Por qué tomarse la molestia de escribir las propias memorias si lo que se busca es ocultar al «genuino» yo tras una máscara de piadosos tópicos dieciochescos?

Aún más desconcertante para el lector moderno es la decisión del autor de redactar sus Memorias *en tercera persona*, lo que deja definitivamente insatisfecho el apetito por personales revelaciones novelísticas. Al irritado lector, sin duda, le parecerá buenamente imposible, que no es más que una exagerada pose artificial. Esta estrategia estilística fue denunciada por algunos críticos, que vieron en ella la prueba de que Kirk no debía ser tomado en serio como pensador, ya que no pasaba de ser un simulador empeñado en cultivar una compleja variante del «mal talante de los conservadores». No cabe duda de que el estilo y la prosa de Kirk – las frases ampulosas, las referencias veladas a Bunyan, el abuso descarado de aforismos y epigramas, la falta de interés en los detalles, la confianza crasa, imperturbable en certidumbres históricas y teóricas– constituyen una provocación para la mentalidad académica contemporánea. Su recargada

prosa es con frecuencia un obstáculo, incluso para quienes se asoman a los escritos de Kirk sin prejuicios. Pero en lugar de cargarse el mensaje junto con el medio, quizás sería más aconsejable considerar el provocador estilo de Kirk a la luz de otras intenciones: por ejemplo, como una forma de incitación al *cuestionamiento*.

Y es que una década después de su muerte, el caso es que persiste un notable «problema Kirk», y que ese problema tiene que ver con algunas categorizaciones. ¿Cuál era exactamente la naturaleza del proyecto de Kirk? ¿Qué *clase* de pensador y escritor era? *La mentalidad conservadora* (1953), su mayor logro intelectual y el libro que dio nombre al movimiento conservador estadounidense, es una obra de erudición histórica. Pero como en ella se aspira a elaborar una historia de las teorías políticas normativas es imposible ignorar su dimensión preceptiva. Si hacemos un repaso a las otras obras que componen el amplio corpus de Kirk, hallaremos ensayos personales, reminiscencias, crítica literaria, historias ora locales ora generales, retratos de personalidades, incluso cuentos de fantasmas y libros de texto, así como el presente libro, una recopilación de conferencias pronunciadas, con una sola salvedad, en la Heritage Foundation, uno de los principales *think-tanks* políticos de Washington. Con pequeñas variaciones, el estilo de todas estas obras es el mismo. ¿Qué finalidad perseguía Kirk con su particular escritura? ¿Ante qué reaccionaba? ¿En qué medida buscaba dar una respuesta con sus escritos?

Aun si decidimos centrarnos exclusivamente en la erudición de Kirk, ¿habría que considerar *La mentalidad conservadora* una obra de teoría política? Si lo fuera, habría que reconocer que se trata de una teoría política más bien excéntrica. El libro comienza desglosando el «pensamiento conservador» en seis cánones; pero en su conjunto no parece ilustrar ningún principio lógico, y en cada uno de sus apartados se establecen lejanas vinculaciones con instituciones y usos políticos. Los cánones de

Kirk están desprovistos de la reductora nitidez de los conceptos que nos permiten comprender, por ejemplo, el desarrollo del liberalismo; conceptos como representación parlamentaria, protección de derechos, preponderancia de las leyes de propiedad, etc. A medida que Kirk avanza en su exposición, incluso se pone de manifiesto que entre sus mentes conservadoras las hay capaces de violar alguno de sus cánones.

¿Deberíamos pensar, por el contrario, que *La mentalidad conservadora* es una obra de historia de las ideas? También en este supuesto constituiría una muy extraña contribución a esta disciplina. Kirk no se toma la molestia de exponer una concatenación de influencias intelectuales; le basta con aducir algo parecido a afinidades familiares entre los pensadores que somete a escrutinio. La labor de descarte que conlleva una meticulosa distinción, tan necesaria para cualquier historia intelectual, aflora sólo esporádicamente. Las circunstancias históricas y sus detalles se esfuman a medida que el autor, en su dilatado «ensayo de definición»¹, desarrolla su arquetipo conservador.

Lejos de considerarse un teórico político o un historiador de las ideas, Kirk se veía a sí mismo como un «hombre de letras», y llegó al extremo de pedir que esta fórmula figurara en su epitafio en Mecosta, Michigan. Ahora bien, esta expresión ha desaparecido casi del todo del uso corriente. Aunque actualmente florece una industria periodística dedicada a lamentar la disminución de nuestras reservas de «intelectuales públicos», la figura del «hombre de letras» parece hoy tan alejada de nuestras experiencias que difícilmente podríamos ilustrarla con algún ejemplo. El hombre de letras es un escritor, desde luego, ¿pero qué clase de escritor? Por su imprecisión y deliberado arcaísmo, esta etiqueta parece servir únicamente para mantener a Kirk a distancia. Sin embargo, también nos

¹ En el capítulo 1 «La idea del conservadurismo», Kirk califica su libro como un extenso ensayo para definir el conservadurismo.

invita a ir más lejos y preguntarnos cómo concebía Kirk su obra, así como a comprender su naturaleza. En este empeño, el punto de partida más indicado es *La mentalidad conservadora*, libro originalmente publicado hace medio siglo.

El ambiente intelectual en el que irrumpió el grueso volumen de Kirk ha sido evocado más de una vez, notoriamente en el estudio definitivo de George Nash *The Conservative Intellectual Movement in America Since 1945* [El movimiento intelectual conservador en Estados Unidos desde 1945]. El crítico literario Lionel Trilling, de la Universidad de Columbia, escribía en 1950 que en los Estados Unidos de su época «el liberalismo es no solamente la tradición intelectual dominante, sino la única existente». Cinco años después, el politólogo de Harvard Louis Hartz abundaba en la observación de Trilling al sostener que en Estados Unidos nunca había existido ni podría existir nada distinto a la tradición liberal de Locke, ya que desde sus orígenes éste era un país burgués. La máxima de Hartz era *ni feudalismo ni socialismo*, pero su inevitable corolario (por excesivamente obvio, sobreentendido) rezaba: *ni tampoco auténtico conservadurismo*. En *El fin de las ideologías*², un libro publicado en 1962 pero redactado en la década de 1950, Daniel Bell captó con precisión el espíritu de aquella época. Los Estados Unidos se enfrentaban a su *primer* «final de la historia», y sus elites se mostraban incapaces de imaginar nada nuevo, salvo el repetitivo avance de las diversas «síntesis» pro hijadas por los progresismos liberales y socialistas.

² Daniel Bell, *The End of Ideology*, ISI Books, Wilmington, DE, 1996. Primera edición: 1976. [Ed. española: *El fin de las ideologías: sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1992].

En este contexto, el libro de Kirk desafinaba violentamente. Desde el primer párrafo de *La mentalidad conservadora*, el autor afirma que su época no está marcada por el triunfo del liberalismo, sino en realidad por una desintegración a un tiempo liberal y radical. Es significativo que su repudio se centre en esa mezcla de liberalismo y radicalismo, es decir, en el ayuntamiento de Locke y Rousseau.³ En la década de 1950, el más reciente desafío al «progreso» izquierdista de la sociedad estadounidense provenía de la oposición al New Deal de algunos segmentos de las clases capitalistas. Con la aparición del estado del bienestar, su defensa del liberalismo clásico fue identificada por la mentalidad estadounidense con el «conservadurismo». Pero Kirk avanzaba por otra senda, rechazando la idea de que las alternativas históricamente viables en Estados Unidos tuvieran que quedar confinadas a dos tipos de liberalismo, el uno clásico y el otro de más reciente cuño. Tendenciosamente, Kirk equiparaba incluso el moderado cóctel de liberalismo y estado del bienestar, que para Bell señalaba el final de las ideologías, como una nueva forma de ideología. Era una afirmación portentosa.

Tras las secuelas dejadas por la Segunda Guerra Mundial, y movidos en buena medida por la obra de Hannah Arendt, muchos intelectuales occidentales, tanto de izquierdas como de derechas, aprendieron a reconocer los peligros del *totalitarismo*. Esta forma de extremismo ideológico, empeñada en transformar la naturaleza humana mediante la política, produjo las desastrosas consecuencias de las que ahora somos perfectamente conscientes. Pero la gran pretensión del liberalismo siempre

³ También significativo es el hecho de que en *La mentalidad conservadora* Karl Marx sea casi por completo una presencia marginal. No escasean quienes están dispuestos a ver en el movimiento conservador estadounidense una invención de la Guerra Fría. Pero los temas del «conservadurismo de la Guerra Fría» (la crítica de la planificación económica y el colectivismo, la defensa a ultranza de la «libertad» y el «individualismo») están casi por completo ausentes del libro fundacional de Kirk. El bolchevismo revolucionario no constituye uno de sus temas principales, pero en cambio sí lo son las revoluciones francesa e industrial, generalmente consideradas bajo un mismo enfoque. Del conjunto de conservadores estadounidenses, los menos desorientados teóricamente por el sorprendente hundimiento del comunismo en 1989-1991 fueron precisamente los discípulos de Kirk.

había consistido en basarse en la naturaleza humana y afirmar su mayor adecuación a la misma, siempre y cuando dicha naturaleza previamente se despojara de ilusiones y supersticiones. Para la mentalidad liberal, es posible afirmar que, puesto que la ideología admite ser definida como el proyecto que permite alcanzar una utópica abstracción intelectual, el liberalismo se opone a cualquier tipo de ideología.

A alguien como Kirk, impregnado de Historia, las enormidades de la Revolución francesa en el siglo XVIII le parecían tan cercanas en el tiempo como las de las revoluciones bolchevique y nacionalsocialista del siglo XX. Kirk comprendió que la pretensión de basarse sistemáticamente en «hechos» concretos de la naturaleza humana no era una propiedad exclusiva del liberalismo, sino que era compartida por todas las ideologías. El socialismo podía sostener que propugnaba una adecuación más justa que la del liberalismo a la igualdad natural entre seres humanos, como el nacionalsocialismo defendía su natural desigualdad y el comunismo se concebía a sí mismo como una especie de «ciencia natural» de los ciclos de la historia de la humanidad. Todas estas doctrinas procedían de una reducción racionalista de los seres humanos reales a meras «construcciones» ideológicas de una naturaleza humana abstracta, reducción que también era aplicable a las instituciones acordes con tal abstracción. La reacción de Kirk, realmente notable, consistió en sostener que el *conservadurismo* era la auténtica «negación de la ideología» y, por ende, su genuina (y virtualmente inexplorada) alternativa en la edad moderna.

Si el mundo moderno es mayoritariamente una «construcción» liberal en lugar de la liberal «revelación (y liberación) de la naturaleza», el conservador ha de dedicarse a practicar la excavación y la recuperación. Y si es cierto que la construcción liberal representa el «salto» que permite dejar atrás un mundo «tradicional» supuestamente desbancado, también

tendrá el conservador que asumir la carga de demostrar que existe otra tradición conservadora que representa una alternativa histórica. Precisamente éste fue el empeño de Kirk en *La mentalidad conservadora*, una obra en la que se marca como primer objetivo la recuperación erudita de la «cara oculta» de la historia del moderno pensamiento social y político. Russell Kirk se propuso devolverles la voz a quienes habían participado en «la gran disensión» ante el proyecto de la modernidad, y especialmente a los que, por su sentido de responsabilidad política, evitaron caer en la mera *contraideología* de la reacción. En el polo opuesto de la política ideológica se sitúa esta *política de la prudencia*.

Para una cabal comprensión de los fundamentos de las ideas políticas y sociales, siempre es útil analizar aquello a lo que se oponen. ¿Qué figuras reciben un trato claramente desdeñoso en *La mentalidad conservadora*? En primer lugar, los racionalistas de la Ilustración francesa: Condorcet, Turgot, Voltaire, su discípulo inglés Tom Paine y, al menos parcialmente, Jefferson. También están los utilitaristas: Bentham y los dos Mill. Asimismo figura Comte, aunque en una categoría aparte. Por otro lado, están los naturalistas románticos: Emerson y, sobre todo y en toda circunstancia, Rousseau. Contra todos estos pensadores, considerados acérrimos defensores de la *innovación*, Kirk convoca a filas a los miembros de su propia tradición conservadora. El primero de ellos es el Burke de *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, tras el cual desfilan John Adams, John Randolph y John C. Calhoun; sir Walter Scott y Samuel Taylor Coleridge; Macaulay y Tocqueville; Disraeli y Newman. Y una lista que abarca (incluido un grupo de figuras un tanto desabridas en los albores del siglo XX) hasta Irving Babbitt, Paul Elmer More y George Santayana, antes de recalar en T. S. Eliot. Este grupo de autores representa «el partido del orden», los defensores de la «tradición», comprendida a su vez como la verdad íntegra acerca del hombre, extraída de una masa de abstracciones

ideológicas. La política de la prudencia hace justicia a esas verdades que únicamente la tradición es capaz de reconocer.

Aun con tan somero recuento, es fácil constatar que la genealogía establecida por Kirk no se limita a rescatar de la marginación o a rehabilitar a un grupo de pensadores conservadores. Este autor propició asimismo la reinterpretación y (re)incorporación de algunos pensadores de cierta reputación, que podían fácilmente ser admitidos en las filas «del otro bando»: figuras como Macaulay, Newman o Coleridge. Kirk sacó a la luz aspectos del pensamiento de estos autores que el «relato canónico» acerca del progreso del pensamiento moderno había opacado deliberadamente. Ante quienes minimizaban las facetas conservadoras de sus ideas, considerándolas deslices veniales, para convertir sus matices más progresistas en el «núcleo» de su pensamiento, el análisis de estas ambigüedades llevado a cabo por Kirk apuntaba en dirección contraria. A Kirk le bastó con poner de relieve el contenido conservador de unas ideas que asimismo admitían ser consideradas «semiliberales» para confrontar a sus lectores con los más acendrados prejuicios de la historia intelectual de su época.

De entonces a esta parte, gracias al avance de la *Wissenschaft* en las universidades estadounidenses, en el último medio siglo se han escrito montañas de monografías sobre prácticamente todas las figuras, mayores y menores, de la historia europea y de Estados Unidos, incluidas las que aparecen en *La mentalidad conservadora*. También hemos asistido al «restablecimiento de la filosofía política», de la mano de varias «escuelas» importantes que han contribuido a la aparición en este terreno de una generación de lectores especialmente bien informados. Con frecuencia se manifiesta un prejuicio escéptico ante la obra de Kirk, debido a que este pensador no desempeñó regularmente funciones académicas ni participó en los rituales de la vida universitaria. Así, sus estudios sobre la tradición

conservadora han sido sometidos a duros cuestionamientos, con ribetes de acusación condenatoria. Por ejemplo, se señala a veces el hecho de que Burke no era un tory y que a lo largo de su vida fue un whig, para poner en solfa el que Kirk le atribuyera las más señeras cualidades del auténtico conservador. O bien se insiste en que el rechazo por John Adams de la legislación y el canon feudales demuestra su radical falta de simpatía hacia el tipo de instituciones que interesaban a Burke, y asimismo a Kirk. A la inversa, se inquiere si la Ilustración era realmente tan dogmática como afirma Kirk. ¿Acaso no hay también rasgos «conservadores» en las *Lumières*, incluso en Rousseau? De modo más general, ¿puede decirse que Kirk verdaderamente haya *recuperado* una determinada tradición? ¿No sería más pertinente decir que esa tradición fue un invento suyo?

El libro de Kirk, en realidad, sobresale si se lo compara con el nivel de los estudios académicos estadounidenses de su época. Los críticos más despectivos de su obra suelen pasar por alto este hecho. Incluso entre las más sólidas propuestas académicas de hoy, sigue siendo un factor correctivo ante engañosas tendencias. Respecto de las más espinosas cuestiones de la filosofía política, por ejemplo, los estadounidenses típicamente han tendido en décadas recientes a guiarse por el pensamiento alemán, una secuela de la germanización de las mentalidades en Estados Unidos desde la década de 1930. La verdad es que, antes del siglo XX, el mundo anglo-americano tenía escaso contacto con el pensamiento alemán. La tendencia de Kirk a basarse en pensadores franceses sin duda representa un punto de partida más defendible para una cabal comprensión de nuestra historia. Por añadidura, aunque algunos análisis históricos de Kirk puedan parecer excéntricos y actualmente contrarios a ciertas interpretaciones convencionales, contienen el germen de lo que puede llegar un día a valorarse. Por poner un ejemplo: su idea de que Alexander Hamilton era básicamente un nostálgico mercantilista, mientras que John Adams, gran

conocedor de los autores clásicos, era dueño de una visión más sólida de los problemas a los que en el futuro habría de enfrentarse la economía política estadounidense.

En casi todos los casos, cuando las interpretaciones de Kirk difieren de «lo que hoy sabemos», es posible demostrar que este autor tomaba en cuenta las opciones descartadas y que sencillamente había llegado a extraer conclusiones de otra índole. Ello puede verse con especial claridad, muy significativamente, en su acercamiento a la «whiggery» de Burke. Es frecuente hoy, entre los expertos en teoría política, considerar que Burke era un estadista, no un filósofo, y deducir que si era (sólo) un estadista, su pensamiento se inscribe necesariamente en un marco limitado y ante un horizonte «legislado» por un verdadero filósofo. Locke era el gran filósofo whig, el fundador de la moderna democracia liberal; por tanto, es un error buscar en el whig Burke una forma auténtica de rechazo al mundo moderno. Kirk, sin embargo, no compartía la creencia, corriente entre sus contemporáneos, en la supremacía de los filósofos; de hecho, sostenía abiertamente que los auténticos legisladores del mundo eran los *poetas*, y definió la mayor parte del siglo XX como «la era de Eliot». Pero también se esforzó en demostrar que en sus *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Burke, a pesar de sus compromisos políticos como whig, «renegó de una importante parte de los principios de Locke». Después de Burke, el conservadurismo no le debe «casi nada» a Locke. Afirmaciones tan marcadas como ésta también son objeto en su obra de un minucioso examen.

Del mismo modo, los teóricos de la política que no quieren desprenderse de la creencia en la supremacía de los filósofos, y que son incapaces de descubrir en Burke un sistema suficientemente coherente, han buscado en otras latitudes un sustituto filosófico en el que basar los orígenes del moderno conservadurismo. De modo implícito, con ello

cuestionan uno de los pilares fundamentales de la obra de Kirk. Tal búsqueda por lo general conduce a otorgarle el título de «auténtico» fundador a Hume o a Hegel, dos filósofos «respetables». Ambos son rechazados por Kirk, quien los describía como conservadores «por casualidad». *La mentalidad conservadora* ofrece numerosos ejemplos de las reflexiones de su autor acerca de complejos problemas de interpretación histórica y teórica, pero contrariamente a la mayoría de textos académicos, esta labor intelectual no se subraya deliberadamente, sino que antes bien aparece atenuada. Para extraer lecciones de Kirk hemos de aprender a leer de otra manera.

Por otra parte, la teoría de Kirk acerca del rechazo por Burke de los principios lockeanos trae a la luz otro problema. ¿Qué puede querer decir que un pensador sea capaz de rechazar los principios de Locke y al mismo tiempo defienda instituciones políticas esencialmente whig o «lockeanas», como aparentemente hacía Burke? Esta pregunta remite a otra objeción que se suele hacer a la concepción de Kirk de la tradición conservadora. ¿Acaso los pensadores que Kirk repasa en su libro no estaban principalmente comprometidos con algún tipo de *crítica* social y cultural? Y, salvo raras excepciones, ¿no fueron incapaces todos ellos de proponer instituciones que pudieran ser consideradas alternativas viables al mundo «construido» por los liberales? Acerca de las instituciones, los pensadores conservadores que analiza Kirk parecen coincidir en sus argumentaciones tan a menudo como frecuentemente disienten unos de otros; pero Kirk, de todas maneras, nunca aprovecha esta circunstancia para diseñar sus argumentos en función de aspectos constitucionales. Dado que es obvio que carece de proyectos institucionales, ¿hasta qué punto es lícito comprender el conservadurismo de Kirk como una forma de pensamiento *político*? Lo que nos devuelve a nuestra primera pregunta. ¿Qué clase de pensador era Kirk? ¿Qué se proponía lograr con sus textos?

De algún modo, esto nos conduce de nuevo al asunto del estilo y la forma de los textos de Kirk. En *La mentalidad conservadora*, tras despachar la introducción en un par de párrafos, el autor se lanza en una digresión en forma de relato o, más bien, esboza un retrato personal. Se detiene ante el número 12 de Arran Quay, en Dublín, se lamenta de que la casa haya sido derribada en nombre del progreso, que en su lugar se yerga un feo edificio de oficinas del gobierno y que ello demuestre el escaso empeño que aun los «conservadores» irlandeses ponen en la conmemoración de sus grandes hombres. Obviamente, Kirk invoca aquí el respeto a un determinado legado, sugiere y defiende el apego a los sentimientos de conservación –en contraste con el rasgo determinante de nuestra época: la desafiante confianza en uno mismo– y desaprueba sarcásticamente los modernos disparates en los que incurren los herederos de los prohombres. Antes incluso de haber empezado, su «peregrinaje» ya se ha apartado del academicismo. Pero conviene señalar que estas repetitivas digresiones parecen formar parte de la estructura del libro, y que al mismo tiempo pueden considerarse inseparables de la intención del autor.

Incluso en los escritos más académicos de Kirk, la aparente circunspección formal no impide la constante presencia del autor. Éste se convierte prácticamente en un «personaje» de la «historia», una tendencia que fue acentuándose a medida que ahondaba en su obra. Las cualidades sorprendentemente personales de la prosa de Kirk –una prosa, por lo demás, arcaicamente formal– no parecen haber recibido la atención que merecen. Sin embargo, no es exagerado decir que precisamente el hecho de que en sus escritos quien hable sea la «figura» de Kirk, la del «sabio de

Mecosta», explica que su obra siga pareciéndonos hoy tan intensa, tan viva. Aunque el tiempo haya borrado ya tal o cual consideración sobre determinados autores, y a pesar de que el riguroso avance de los trabajos académicos ha podido opacar el punto de partida de sus argumentos, lo que permanece en el recuerdo con gran acuidad es el tono elevado del autor y su imparcialidad, un rechazo antiguo a ahorrar el lenguaje para ajustarlo a las supuestas necesidades de una comunicación «eficaz», y una estructura que soporta un tipo muy particular de sensibilidad conservadora, capaz de «sacrificar cualquier frontón neoclásico, a cambio de una modesta y maltrecha gárgola». Esa particular sensibilidad –una sensibilidad que para Kirk era indisoluble de la fórmula de Burke: «la imaginación moral»– se infiltra en la obra por todos sus poros. A finales de la década de 1950, el mismo Kirk había acabado convirtiéndose en un icono de la mentalidad conservadora, pero se trata de una mentalidad que parece poner todo su empeño en hablarle, casi siempre en voz baja, al corazón.

Hay un precedente para este tipo de escritura, y es posible hallarlo –sorprendentemente– en un lugar poco plausible: en las obras de Jean-Jacques Rousseau. Los teóricos de la política académicos nos han enseñado recientemente a valorar la sutileza y agudeza de los argumentos filosóficos empleados por Rousseau en asuntos como el estado natural y la voluntad general, las virtudes republicanas y la religión civil, que constituyen los elementos esenciales del pensamiento político explícito de este pensador. Pero tales valoraciones positivas son un fenómeno muy reciente. Para los contemporáneos de Rousseau, *El contrato social* era una de sus obras menos logradas, e incluso los *philosophes* consideraban que sus escritos políticos eran poco menos que fantasías visionarias. En cambio, Rousseau era un auténtico fenómeno literario. Sus *Confesiones* y *Emilio* se convirtieron en best-sellers internacionales capaces de llegar a un público escandalosamente vasto. El mismo Rousseau aparece como uno de los

«personajes» de esos dos libros, y con independencia de su contenido argumental, lo más memorable de sus obras, aquello que más se comentaba en los cenáculos, era el mismo «Jean-Jacques», antiguo «ciudadano de Ginebra» y actual ejemplo vivo de una novedosa «virtud»: el compasivo amor a la humanidad.

Como certeramente ha señalado Clifford Orwin, mientras que Maquiavelo quiso elaborar «nuevos modelos y órdenes» políticos, en cambio Rousseau buscó instilar «nuevos estados de ánimo y sensibilidades» en las más íntimas esferas de la vida.⁴ «Aspiraba a realizar desde el interior una revolución, mas no basada en la razón, sino en las razones del corazón que la razón ignora», en palabras de Orwin. Rousseau habría introducido una nueva «sensibilidad», capaz de transformarlo todo y, a un tiempo, dejarlo «todo» relativamente intacto. En el centro de la vida moral, las virtudes clásicas y burguesas serían reemplazadas por el humanitarismo. Semejante esfuerzo de educación sentimental, desde luego, remitía a un conjunto de ideas políticas con un claro sesgo radical que suponía una diferente concepción de la naturaleza y necesidades del hombre de la modernidad, comprendido como ente histórico que se ajusta a los modos y usos de vida de la civilización burguesa. No obstante, la «labor» de Rousseau no estaba destinada a dar sus frutos mediante la aplicación de un programa político, tampoco exclusivamente a través de una ruptura filosófica, sino merced a un tácito llamamiento a los más profundos impulsos del corazón. En este sentido, nos guste o no, Rousseau sigue siendo uno de los legisladores filosóficos y también poéticos de nuestro tiempo.

Edmund Burke comprendió perfectamente la naturaleza del proyecto de Rousseau al observar que «de ser algo, Rousseau es un moralista».

⁴ Clifford Orwin, «Moist Eyes – From Rousseau to Clinton», *The Public Interest* n° 128, verano de 1987, p. 4.

Buena parte de las últimas obras del mismo Burke puede concebirse como una especie de educación sentimental (y moral) destinada a combatir los logros de Rousseau, cuya sensibilidad romántica, sobre todo, ofrecía una síntesis letal con el racionalismo de la Ilustración francesa.⁵ Al menos esta parece haber sido la lección decisiva que Kirk extrajo de Burke, quien sigue representando el modelo por excelencia de la mentalidad conservadora.

Como a Burke, a Kirk le preocupaba el opresivo desencantamiento del mundo llevado a cabo por los ilustrados. Y también a la par de Burke, a Kirk le alarmaba la «curación» sentimental propuesta por Rousseau, capaz de aceptar el encierro en la jaula de hierro liberal del racional interés personal a cambio de obtener tan sólo la compensación de una beatitud naturalista hecha de compasión generalizada. Asimismo, y al igual que Burke, Kirk valoraba los auténticos logros políticos de muchas instituciones modernas, pero lo que le resultaba problemático era el sentido ideológico y sentimental que se mostraban dispuestas a adoptar y a permitir que guiaran su evolución. De ello se desprende la idea de que la única manera de superar el reduccionismo ideológico y la gesticulación sentimental, a fin de que el hombre pueda recuperar la nobleza que es su tradicional heredad, reside en la formación de la imaginación moral. Para que la complejidad del bien deseable y las exigencias de la vida virtuosa se conviertan en una necesidad perentoria, hay que apelar al corazón por vías y mediante formas novedosas y distintas. «El conservador descubre [...] que es un peregrino en tierras de misterio y prodigios, que lo que se requiere de él es deber, disciplina y sacrificio, y que la única recompensa

⁵ Considérese, por ejemplo, el célebre pasaje acerca de la Reina de Francia en *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*. A Burke se le recomendó más de una vez que lo retirara, ya que la sensibilidad que en él se exponía –demasiado contraria a la dominante– podía minar la fuerza persuasiva de sus argumentos políticos y económicos. Burke, sin embargo, insistió en incluirlo; dos siglos más tarde, es el pasaje más señaladamente memorable de toda su obra.

que recibirá es el amor que sobrepasa el entendimiento».⁶ Pasajes como éste reflejan el legado esencial de Kirk, el de un moralista dedicado a la pedagogía de los sentimientos.

Desde otro ángulo, el perfil *crítico* de los conservadores que Kirk introduce en su genealogía demuestra con claridad meridiana que el conservadurismo no se limita al empeño en mantener el estatus quo del momento. La intuición en la que se apoya el conservador nace de su *descontento* con su propio tiempo. Hay, así, una cierta afinidad formal entre conservadurismo y radicalismo, una realidad que, a su manera, Karl Marx reconoció: amplios pasajes de *El manifiesto comunista* son esencialmente una paráfrasis de las críticas al liberalismo elaboradas por conservadores del siglo XIX. Pero la disconformidad conservadora también concierne todas las «soluciones» elaboradas en el seno de la tradición radical. El conservador aspira a rescatar la naturaleza del hombre de las construcciones ideológicas. No obstante, y en marcado contraste con Rousseau, también reconoce que esa naturaleza, lejos de ser sencilla, es compleja. La naturaleza humana no coincide con la no humana, y además es más noble. Pero al estar todo cubierto por el oscuro velo de las Luces, sólo es posible descubrir la fecundidad de esta idea mediante una educación de la imaginación moral.

Los seis cánones que Kirk articula en su introducción a *La mentalidad conservadora* han de ser abordados a la luz de esta idea.⁷ Uno de ellos, el cuarto, se refiere a las relaciones entre propiedad y libertad. Se trata del único elemento proveniente de Locke que ha permanecido en el

⁶ Russell Kirk, «Libertarians: Chirping Sectaries», *Redeeming the Time*, ISI Books, Wilmington (DE), 1996, p. 281.

⁷ En la actual edición, los seis cánones se extienden a «diez principios», ya que en sus conferencias ante la Heritage Foundation, Kirk comentó varias series de «diez» (acontecimientos, libros, principios, etc.). Los seis cánones originales de *La mentalidad conservadora* también difieren –de manera considerable en algunos aspectos– de las seis «premisas» del conservadurismo que Kirk expone en su introducción a *The Portable Conservative Reader* (Penguin Books, Nueva York, 1982). La flexibilidad, cuando no la indiferencia, con la que Kirk abordaba principios políticos abstractos ofrece una clara ilustración de lo que este autor quería decir cuando afirmaba que el conservadurismo supone la negación de la ideología.

pensamiento conservador: el reconocimiento de los logros en la práctica de las modernas instituciones políticas. Los tres primeros cánones, sin embargo, son los más sustanciosos. Constituyen casi un catálogo de aquellos modos aristocráticos que Tocqueville consideraba incompatibles con el estado social democrático característico de nuestra época. El primer canon reza que «un orden trascendental rige la sociedad y la conciencia humanas»; por contraste, en la era postilustrada se ensalza la merecida *autonomía* del hombre, justo soberano del mundo. El segundo declara el apego hacia «la proliferante variedad y misterio de la vida tradicional apego a la prolífera variedad y misterio de la vida tradicional», cuando el edificio liberal se asienta en la homogeneización de todos y cada uno de los ámbitos de la sociedad. El tercer canon es «la convicción de que una sociedad civilizada requiere órdenes y clases»; en otras palabras, lo más radicalmente opuesto al impulso nivelador de la democracia. Kirk aspiraba a cultivar algo parecido a una sensibilidad «aristocrática» en el seno de la moderna sociedad de masas, a pesar de las reticencias que manifestara Tocqueville.

De los seis cánones de Kirk, los dos últimos están consagrados a la necesidad de adherirse a preceptos y de atender al escepticismo que debieran inspirar las innovaciones. De paso, también introducen otro conjunto de problemas, que Kirk consideraba su deber atender. Se trata de «metaprincipios» conservadores, que no conciernen bienes sociales sustantivos sino posturas críticas ante la permanencia y el cambio. Los primeros pensadores liberales realizaron un considerable esfuerzo para lograr construir instituciones que facilitaran la sostenibilidad del «progreso». Con posterioridad, liberales del fuste de Mill propusieron argumentos a favor del carácter beneficioso de las más ambiciosas innovaciones experimentales. Incluso Tocqueville, quien albergaba las más sólidas dudas acerca de los efectos de la democracia sobre la dignidad del

hombre, no concebía que fuera posible detener el progreso del espíritu de la modernidad. En última instancia, el factor de la modernidad más entorpecedor es la creencia ampliamente aceptada en que el progreso es inevitable y, por consiguiente, en que el conservadurismo es literalmente *imposible*.

F. J. C. Hearnshaw observó en una ocasión que «es más que suficiente [...] que los conservadores, sin necesidad de pronunciar palabra, se limiten a sentarse y pensar, e incluso meramente a quedarse sentados»⁸. Pero no es posible dar por bueno este diagnóstico. En la era del progreso, quedarse sentado equivale a dejarse arrastrar por «la corriente», y hacia un paradero casi siempre ignoto. La fundamental creencia entre los modernos de que el progreso es «inevitable» (creencia especialmente arraigada en una tierra fundada con la intención de convertirse en *novus ordo seculorum*) le ahorra oportunamente al afecto al liberalismo el tener que cumplir con la exigencia de argumentar que esta o aquella otra porción del «progreso», tras debida comprobación, sea realmente *buena* para los seres humanos. Después de todo, la «inevitabilidad» histórica se arroga las cualidades incontrovertibles de los «hechos» y, por tanto, se sitúa indiscutiblemente por encima de las disputas subjetivas acerca de meros «valores». Los «hechos» no admiten refutación.

La prosa practicada por Russell Kirk era un inconcebible anacronismo. No obstante, en la segunda mitad del siglo XX, este autor la vertió en más de treinta volúmenes publicados, que le valieron un gran

⁸ Citado en *The Conservative Mind*. Regnery Publishing Co., Washington, 1953, 7ª ed., 1985, p. 3.

número de lectores fieles. El hecho desnudo de estos libros es un desmentido al «hecho» de que sólo la prosa académica más directa y eficiente es «posible» en nuestra época. Y, de paso, permite demostrar que los «hechos» de la era progresista no son más que un amontonamiento de opiniones y sentimientos.

La vida misma de Kirk puede también tacharse de inconcebible. Este hombre nacido cerca de Detroit llamaba al automóvil «el jacobino metálico», y aparentemente nunca aprendió del todo a conducir. El visitante que se acercaba al pueblo de Mecosta, en Michigan, económicamente deprimido y totalmente carente de atractivo, podía pasarse la tarde en la gótica y extravagante residencia de Kirk entonando canciones alrededor de un piano o escuchando cuentos al lado de la chimenea. En una caminata por los bosques, Kirk podía sorprenderle surgiendo repentinamente detrás de un árbol y representando una escena de sir Walter Scott. ¿Cómo valorar estos comportamientos? ¿Como anacronismos? ¿Como encantadoras idiosincrasias? ¿Eran fantasiosos refugios en medio de las duras «realidades» de la modernidad? Quizás convendría ver en ellos pruebas vivientes de que lo imposible, para quien está dotado de imaginación moral, sigue siendo posible aun hoy en día; son vislumbres de algo que hemos perdido pero que podríamos recuperar, afirmaciones de que nuestras «simples» nostalgias sin duda entrañan una guía que conduce el corazón hacia lo que es bueno para los hombres. La educación sentimental de la imaginación moral practicada por Kirk abarcaba a la vez palabras y actos. Causa asombro constatar que la prosa «afectada» de Kirk en realidad desvela al hombre genuino, un hombre que imaginó una vía de escape de la cárcel intelectual de la moderna ideología y que hizo señas para que le siguiéramos.

En sus escritos –y más intensamente aún en sus últimos años, cuando se dirigía a un público joven–, Kirk predicó abiertamente que *la vida vale*

la pena vivirla, a pesar del «gigantesco aburrimiento» que sobrevolaba el país. Extraño consejo para una generación emergente llena de ambiciosos planes y proyectos, y que algunos sin duda recibirían como un tópico. Aunque con frecuencia se ha dicho que la mentalidad de Kirk era medieval, nada de medieval hay en su tema: cualquier erudito está en disposición de demostrar la bondad del orden creado, y esto debería bastar. Que insistiera en sus exhortaciones demuestra cuan detenidamente había observado Kirk el origen de la moderna acedía, con qué sensibilidad había diagnosticado las tendencias de la típica sensibilidad moderna. Burke se refirió al cuadro de la naturaleza del hombre trazado por los liberales con términos desoladores: «Según este esquema de las cosas, un rey no es más que un hombre, una reina es sólo una mujer; una mujer no es otra cosa que un animal; y un animal, además, que ni siquiera pertenece a un orden superior». La moderna y casi irresistible tentación consiste en conformarse con esta disminución de la dignidad humana, compensándola con la frenética actividad lockeana o la idílica indulgencia rousseauiana. Pero Kirk sabía que el corazón del hombre es capaz de ser más noble, y se esforzó en capacitar a sus lectores para alcanzar su misma convicción mediante el cultivo de la imaginación moral:

No es inevitable que debamos someternos a una «vida en la muerte» social, hecha de aburrida uniformidad e igualdad. No es inevitable que saciemos todos nuestros apetitos con fatigada hartura. No es inevitable que rebajemos nuestra pedagogía al menor común denominador. No es inevitable dejar que la obsesión con las comodidades animales acabe borrando la creencia en un orden trascendente. No es inevitable que los ordenadores sustituyan a los poetas.⁹

⁹ Russell Kirk, «The Wise Men Know What Wicked Things Are Written on the Sky», *Redeeming the Time*. ISI Books, Wilmington (DE), 1996, p. 308.

¿Sería demasiado atrevido atribuirle a Kirk una excéntrica forma de socratismo? Cuando a nuestro alrededor los hombres persiguen sus limitados fines, con la seguridad de estar históricamente en lo inevitablemente cierto que les dispensa la modernidad, Kirk estaba convencido de que en nuestro tiempo, la vida *no imaginada* no es digna de ser vivida por los hombres. Obró por la reforma de nuestra sensibilidad, para que fuéramos capaces de vernos y ver en nosotros mismos a la vez aquello en lo que nos hemos convertido y aquello que somos. Obró para poner a nuestro alcance una tradición intelectual de disidencia con la modernidad. Obró para liberar nuestros corazones de la esclavitud de la ideología.

